



KATHERINE  
**PANCOL**

**TRES  
BESOS**

## Índice

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

Cuarta parte

Agradecimientos

Créditos

*Para ti...*

Partamos, con un beso,  
hacia un mundo desconocido.

ALFRED DE MUSSET

# Primera parte

Las siete y diez. Suena el despertador. Los brazos de Mickey tapan la esfera y se agitan, sus delgadas piernas pedalean. *Get up, get up*, ganguea. Stella golpea la cabeza de Mickey y abre los ojos.

Enseguida vuelve a cerrarlos.

Recorre a todas sus fuerzas para mantenerlos cerrados. Peligro, peligro. No te muevas. Casi ni respire. No desplaces el codo izquierdo de la almohada, mantén el derecho apoyado en la cadera. No te rasques el párpado, aunque te pique. Haz como que duermes, que no estás allí, que no eres tú la que tiembla bajo las sábanas.

Él ha vuelto.

Unas bolas de algodón explotan en su garganta. «No es posible, no puede haber vuelto. Todo va bien, cálmate.» En septiembre, Tom empezó a ir al colegio y de eso no hay la menor duda, solo ha cambiado de vocabulario y de gimnasia. Adrian trabaja en la Ferraille, Edmond Courtois le confía cada vez más tareas, aprende sobre gestión, los mercados, viaja al extranjero... Desde hace poco, tiene pasaporte francés, europeo, a nombre de Adrian Kosulino. «Soy ciudadano del mundo», dice mientras sostiene el precioso documento entre las manos. Se ha comprado una corbata gris plata, un traje azul marino y unas camisas blancas de cuello italiano. Y un maletín. Léonie lleva faldas de flores y blusitas de encaje, y se maravilla cuando ve un herrerillo de cabeza azul o una hoja roja que cae girando del árbol, y hace bordado y pasamanería en el taller de *patchwork*. Suzon se

masajea los riñones mientras se queja de lo lejos que está el suelo, lee *France Dimanche*, ¡los líos de Johnny, la revancha de Vanessa, Michelle Obama triunfa en la tele! Georges comenta los chismes de Saint-Chaland cuando vuelve de la compra, se ocupa del jardín, la leña, los animales, el huerto, y lava su Kangoo roja los domingos antes de dejarse caer en el sofá delante del telediario.

Todos han recuperado sus rutinas.

«Todo va bien y yo estoy bien.»

Va a volver a abrir los ojos, a contar hasta tres y... «Me he equivocado. También es por mi culpa, sigo teniendo miedo a que vuelva.

»Ray Valenti está muerto. Murió en un incendio. Acuérdate<sup>1</sup>.

»¿Habrá sido por la llamada del notario?

»Ha dicho que había noticias, que teníamos que vernos.»

No le ha gustado nada.

La víspera había comido demasiado. Hacía buen tiempo, como una noche de verano en noviembre, un viento cálido rozaba el suelo, los perros descansaban echados sobre el costado, con la lengua colgando; «¡Vamos a celebrar mi gran contrato —dijo Adrian—. Venga, cenamos fuera, a la luz de las velas, y descorchamos unas botellas!» Aplaudió y pusieron la mesa en la terraza a toda velocidad, como en los dibujos animados. Sacaron los cubiertos, los vasos, los platos, el pan, el vino, el queso, la ensalada, el salchichón, el jamón, los pepinillos, los tomates y el guiso preparado por Suzon, y lo pusieron todo sobre el mantel a cuadros rojos y blancos. Tom añadió unas *cookies* y un helado Gervais de chocolate. Se sentaron, abrieron una botella de *mâcon*,

¡brindaron por el amor, por la vida, por todo! Tom dijo que la vida y el amor daban miedo. Así que brindaron por los asnos, por las tortugas, por el loro, por el cerdo, por las gallinas, por los pollitos, por las patatas, por los perros, que se habían levantado y babeaban delante de la olla; gritaron «¡Que aproveche!» como si estuvieran declarando la guerra, con los tenedores levantados hacia el cielo y los codos clavados en la mesa. Se abalanzaron sobre los platos, devoraron el buey en salsa de limón confitado, partieron el pan con las manos y mojaron en la salsa, embadurnándose la boca de grasa; abrieron otra botella y, ahí va, un culín de vino para Tom, así se enteró de que era incluso mejor que la Coca-Cola; tomaron una bola de helado; mientras se frotaban el vientre suspiraron que habían comido mucho, demasiado. Stella tuvo que aflojarse el cinturón dos agujeros y soltarse los corchetes del sujetador. Con cuidado de que no la vieran. Habían cambiado al horario de invierno, estaba oscuro, fue fácil. «Soy una vaca gorda», pensó. Sintió vergüenza. Ganas de abofetearse. «Mañana dejo de comer —prometió y juró—. ¿Por qué como tanto?» Adrian le tendió la mano debajo de la mesa, ella no tuvo fuerzas para agarrarla, él la miró sonriendo, su sonrisa rápida, muy rápida, que decía: «Va, venga, vamos a la cama, te deseo, te deseo... Mañana recogeremos».

Lo dejaron todo tal cual y subieron a acostarse.

¿Habían comido y bebido, bebido y comido, para olvidar que el notario había llamado?

Por teléfono le había dicho:

—Necesito verla, es urgente.

—¿Cómo que urgente? —preguntó mientras se recogía un mechón rubio y se tiraba de los pelos de las cejas.

—Urgente. Las espero, a su madre y a usted. El sábado por la mañana.

—Pero, dígame...

Ya había colgado.

No. Come demasiado, eso es todo. Ha cogido cinco kilos. Y una talla más de sujetador. Su cuerpo se escapa a su control. Crece junto a ella. Pronto le hablará como a un extraño. Lo esconderá porque le dará vergüenza. Pronto tendrá que cerrar el peto naranja con imperdibles. ¿Por qué me atiborro así?

—Es la felicidad —dijo Adrian la otra noche mientras la atraía hacia sí—. Eso engorda.

—Entonces no quiero ser feliz —respondió.

—Repítelo —dijo endureciendo la voz, mientras la empujaba contra la pared—. ¡Repítelo! —Sus manos subían y bajaban a lo largo de su espalda.

Dijo que bromeaba y lo besó.

Y su boca seguía teniendo el mismo sabor a vértigo. Se agarró a él, no quería caer de inmediato.

Abre un ojo, no se mueve, espera, adormilada, temerosa.

Oye la respiración de Adrian. Un ligero ronquido que sube y baja.

Ya lo sabe. Lo sabe todo sobre ella. Querría que le explicara por qué esa mañana se quiere morir.

Pero ¿qué podría decirle a él, que tiene tantas ganas de vivir?

Encoge los hombros. Se prepara para encajar el golpe. Aspira aire para deshacer el nudo de la garganta, el nudo del pecho, el nudo del estómago. Sigue el camino de la respiración. Cruza los dedos para que no sea eso.

Esta densa tristeza.

Esta pena negra que no suelta la presa.

Y...

Él se aprieta contra ella. La inmoviliza en el colchón, le bloquea las piernas, le bloquea los brazos, «No quiero, no quiero», apaga la risa, roba los besos, los tira a la basura.

La desgracia ha vuelto.

Se sienta, deja caer la cabeza sobre el pecho, se enrosca sobre sí misma, se desliza suavemente fuera de la cama como si se dejara llevar.

Como si fuera ella quien decidiera.

La desgracia...

Baja a preparar el desayuno.

\*

—¡Y tú, el gallo! ¿Se puede saber para qué sirves? ¡Lo has visto todo y ni has rechistado! Has dejado que se las cargaran sin decir ni mu. ¿Sabes qué te digo? Que me das asco. ¡Solo vales para preñarlas! ¡Un enchufado y un fanfarón! ¡Menudo tío estás hecho!

Detrás de la gran ventana abierta de la cocina, Adrian y Tom se sobresaltan al oír a Stella gritar las últimas palabras.

—Está enfadada —dice Tom, como si estuviera dando el parte meteorológico.

—No está enfadada —responde Adrian—. Está triste.

—No veo la diferencia.

—No te metas. Es entre ella y ella.

—Sí, pero recae sobre nosotros.

—¡Pásame el pan, hijo!

—¡Atento, que viene! Va a haber jaleo.

Una patada en la puerta y Stella aparece.

—Esta noche ha venido un zorro. Puede que fueran dos. ¡Una auténtica carnicería! ¡Hay sangre y plumas por todas partes! Han arramblado con las gallinas, han destripado a los polluelos. Hay rastros de sangre hasta el bosque. ¿Quién se olvidó de cerrar la puerta del gallinero ayer por la noche?

—¡Yo no! —gritan Adrian y Tom.

—¿Seguro? —grita Stella.

—Seguro —dicen a la vez.

Los ojos furiosos de Stella los atraviesan. Adrian y Tom no pestañean. Ella lanza un suspiro:

—Ha debido de ser Suzon... Habrá olvidado verificar que la puerta automática estuviera bien cerrada. ¡No hace más que joderla! ¡No piensa en nada! ¡Todo se le olvida!

Tom abre la boca para defender a Suzon: «Es vieja, no puede pensar en todo, ya hace bastante, siempre preparándonos sus ricos platos, ocupándose de los animales, del huerto, metiendo la leña en la estufa para que no tengamos frío cuando nos levantamos... Tiene derecho a olvidarse de cerrar la puerta automática del gallinero».

Y después se ha callado.

A veces su madre le da miedo.

Stella se deja caer en una silla. Se pasa la mano por el pelo. Desde la muerte de Ray, se lo está dejando crecer. Le cae en mechones hirsutos, rubios, casi blancos, a cada lado de la cara. Las plumas de un jefe indio despeinado. Para dominarlos usa la gomina de Tom.

Desde la muerte de Ray, lleva una gargantilla de perlas multicolores.

Desde la muerte de Ray, se pasa los dedos por las cejas y se arranca los pelos uno a uno.

—¡Para! Vas a acabar por quedarte sin cejas —dice Tom.

—A ti te da igual que ya no haya gallinas ni polluelos...

—Pero nos quedan las que pusimos aparte, cerca del estanque... También tienen pollitos —se atreve a replicar Adrian.

—¡Dos gallinas y tres polluelos! ¡Te contentas con poco! La granja os importa un pimiento a vosotros dos.

Tom mete la nariz en su tazón de leche con chocolate y el silencio se instala, amenazador. Se oyen unos hipidos provenientes de la caldera, que se ahoga y desacelera en un suspiro.

—¿Qué es eso? —dice Stella prestando atención.

—La caldera... se ha parado —responde Adrian mientras tuerce el gesto.

—¡Es lo que faltaba! Empieza el invierno. Si hay que cambiarla va a costar un ojo de la cara.

Hace una pausa y suspira:

—De todos modos, no tenemos dinero...

—A lo mejor vuelve a funcionar, ¿no? —dice Tom cruzando la mirada con los ojos cerrados de su padre.

Comprende lo que siente. Adrian se siente inútil porque no puede pagar una caldera. Inútil y avergonzado. Un padre de familia debe poder pagar una caldera.

—Date prisa en acabarte el desayuno, ¡vas a llegar tarde! —ordena Stella.

Tom vuelve a su tazón y lame la leche pegada en los lados.

—Y deja de comer como un cerdo. El tazón va a la boca y no la boca al tazón. Estoy harta de repetirlo. ¿Tienes la mochila preparada? ¿Podemos irnos?

—Pseee...

—«¡Sí, mamá!» ¡Joder! ¿Es que no puedes hablar correctamente?

Tom se levanta, aclara el tazón, se seca las manos en el trapo colgado de la barra del horno y sube a su habitación a coger la mochila. Adrian acaba de recoger.

—Hoy voy a París.

—Últimamente vas mucho a París. Espero que tengas buenas razones.

Se pone detrás de Stella, la abraza, murmura con la boca pegada a su oreja:

—Deja de estar enfadada, háblame, no puedo adivinarlo todo, tienes que darme una pista.

—¡Estoy bien, estoy bien! —protesta Stella mientras intenta soltarse.

Él la aprieta con más fuerza.

—¡No mientas!

Apoya la boca en el cuello de Stella. Stella se pone a temblar. Cruza los brazos sobre su vientre para dominarse. Cierra los ojos. Contiene la respiración.

—Ya se pasará...

Baja la cabeza. Rasca el suelo con la punta de las botas de trabajo. Unas enormes botas negras, redondeadas. Querría gritar, pero eso no haría que se fuera la desgracia. Es una mala bestia. Hay que pisotearla. Se esfuerza en sonreír.

—¿Qué haces hoy?

—Llevo a Tom al colegio y me voy a la Ferraille. Tengo que hacer dos cargamentos grandes. ¿Julie sabe que vas a París?

Adrian hunde la cabeza en su espalda.

La mece en silencio. Le pone la mano en el corazón para parar su galope.

—Va a ir bien, va a ir bien...

¿Por qué ha llamado el notario?

¿Por qué es tan urgente que vayan a verlo?

¿Un nuevo golpe de Ray?

¿Un golpe sorpresa de Ray Valenti?

\*

Costaud y Cabot saltan al volquete. Tom se sube al asiento delantero del camión y sujeta la mochila entre las piernas. Stella coge del suelo un grueso destornillador y lo guarda en el bolsillo del peto. Tiene que ajustar el ángulo posterior de la grúa; se inclina hacia la derecha, acabará por caerse.

—¿Llevas la agenda? —pregunta—. La firmé ayer y la puse en tu mesa.

—Pse.

—«Sí, mamá.»

Mira por la ventanilla y gruñe:

—Sí, mamá. ¿Por qué papá nunca firma la agenda?

—Pásame el mando de la puerta.

Ha hecho instalar una puerta que se abre a distancia.

Georges ya estaba demasiado viejo para mover los dos batientes.

—No has respondido a mi pregunta —dice Tom mientras rasca la gravilla incrustada en la alfombrilla.

Cuando habla así, con la cabeza baja, entre las piernas, es señal de que no bromea, de que hay que responderle. Ha crecido este verano, pero en el cuello sigue teniendo solo pelusa.

—No estamos casados. Ni siquiera estamos registrados como pareja de hecho, lo sabes de sobra.

—Sí, pero...

—Acaba de conseguir los papeles... Antes era ilegal — responde Stella mientras deja el mando en la puerta del vehículo.

—¿Ahora ya es legal?

—Sí.

—¿Tiene que esconderse?

—No.

—¿Puedo hablar de él en el colegio?

—Sí.

—Entonces puede firmarme la agenda...

—Tendría que hablar yo con la directora...

—¿Y yo podría llevar su apellido?

—Siempre y cuando nos casemos o algo así...

—Mi apellido no es Valenti.

—Hasta ahora lo ha sido.

—Estoy harto de que me llamen Valenti.

—¡No eres el único! —gruñe Stella mientras trata de evitar una camioneta que se aproxima de frente a toda velocidad—. Será posible... ¡Mira a ese imbécil! ¿Para qué va a

frenar? ¡Gilipollas! —grita dirigiéndose al conductor, que le responde enseñándole un dedo en su honor—. ¡Gilipollas! —repite a la vez que sigue a la camioneta por el retrovisor.

—Pues... debes de estar realmente triste para estar todo el rato enfadada —dice Tom.

—¿Quién te ha dicho que estoy triste?

—Nadie, hablaba por hablar...

—Vale, pues guárdate tus comentarios para ti, ¿de acuerdo?

—De todos modos... —hace una pausa mientras juega con las correas de la mochila—, Ray Valenti era un cerdo. No quiero seguir llevando su apellido.

Stella prefiere no responder.

Aparca delante del colegio y Tom abre la puerta y salta mientras grita: «¡Hasta luego!». Mete la primera cuando la directora del centro, de pie delante de la puerta, la llama gesticulando exageradamente. «¿Qué quiere esta ahora? Su trabajo no consiste en pillar a los padres en la vía pública. Es cierto que me ha llamado varias veces y que nunca he respondido. Debe de querer decirme algo. Algo que no quiero oír porque, eso seguro, es una desgracia.»

—¡Señora Valenti! ¡Señora Valenti!

Stella baja el cristal y saca la cabeza. El motor del camión hace temblar la carrocería, lo que la obliga a gritar. No oye las palabras de la directora, pero las lee en los labios.

—Sí, señora Filières<sup>2</sup>...

—¡Tengo que hablar con usted...! —se desgañita la directora—. ¡Es importante! La he llamado varias veces y...

—No tengo tiempo. Tengo que ir a trabajar. Mañana por la mañana, ¡se lo prometo!

—Señora Valenti...

«¡Que deje de llamarme señora Valenti!», refunfuña para sí Stella.